

Política exterior rusa dentro de un Nuevo Orden Mundial bajo la mirada de Vladimir Putin

TANIA GABRIELA RODRÍGUEZ MORALES

Introducción

La política exterior rusa históricamente se ha caracterizado por su intensidad expansionista ya desde Iván el Terrible. La expansión que le sucedió fue tal que el país sobrepasó las capacidades de atender sus problemas internos; de igual forma excedió sus propias expectativas en materia de su política ante el resto del mundo. Posterior a ello, la Unión Soviética fue la última y máxima expresión de ese carácter imperial permanente; entonces nuevamente quedó demostrado que sus ambiciones sobrepasaron sus capacidades. Los acontecimientos globales de la segunda década del siglo XXI han traído consigo la intensidad rusa de expandir su influencia lejos de su territorio. Rusia sistemáticamente ha tendido a probar su influencia en contraposición al resto de quienes considera *enemigos*, nunca en igualdad de condiciones. En la actualidad, de nuevo busca imponerse, ahora en Oriente Próximo, repitiendo una política exterior estructurada sobre la base del conflicto bélico. Como fue en Afganistán.

En la segunda mitad del siglo XXI el contexto internacional está generando movimientos dentro de la política internacional que obedecen a diferentes situaciones que incluyen ámbitos como la economía, la migración, la seguridad, el terrorismo entre otros. Estos movimientos están generándose en zonas del mundo donde se ha roto por completo

el orden institucional. Libia, Siria, Irak, entre otros. Pero, no solo en estos países, sino que también las consecuencias se han extendido a Europa, cuya situación dista de ser la que anteriormente solía ser, de paz social, economías fuertes, o sociedades estables. Rusia está intentado recuperar espacios perdidos, o ganando algunos que no estaban en su círculo de influencia posterior a la caída del comunismo. Para algunos analistas, dentro del ajedrez global los Estados Unidos y su política exterior en seguridad de carácter neo-aislacionista ha generado una Rusia en alza.

Durante los años 2000-2008, el presidente Vladimir Putin determinó como objetivo primordial: reorientar el status de la Federación Rusa como la potencia que es. Este pensamiento se puede materializar en el lineamiento de su política exterior, denominada: *Great Power Pragmatism* [...] En el caso de Rusia, sus atributos de poder lo hacen ver un Estado paradigmático por las características de los mismos. En primer lugar, sus 17'098.242 km² lo hacen el país con la extensión territorial más grande; sus 142'500.482 habitantes lo convierten en el noveno país más poblado del mundo; no obstante, también dificulta la protección territorial por parte del Estado, sabiendo que la mayor parte de su territorio está inhabitada, que es la correspondiente a Siberia. (Villamarin, 2013, p 3

Es evidente que Rusia busca abrirse espacios donde anteriormente la geopolítica no se lo permitió, la proyección a futuro —que ya se lleva a cabo— no tiene objetivo distinto a la búsqueda de influencia política y económica que le garantice estabilidad económica, pero también política. El liderazgo político desde la muerte del presidente Boris Yeltsin ha pasado por pocas manos, y quien más lo ha encarado ha sido Vladimir Putin desde uno u otro lado del liderazgo (primer ministro, presidente y viceversa), compartida con Dimitri Medvedev lo que le ha permitido ser el gestor a plenitud de la nueva Rusia.

Putin basó su política interior y exterior en el concepto de la llamada “democracia soberana” que defiende que Rusia debe seguir su propio proceso de democratización, sin tener que copiar el modelo Occidental. Si el sistema político ruso tenía importantes defectos,

también los tenían los países Occidentales, por lo que no había razón para que éstos dieran lecciones a Rusia. Como consecuencia, la política exterior de Rusia se fue situando progresivamente al margen (sobre todo a partir del discurso pronunciado por Putin en la Wehrkunde de Múnich en enero de 2007) y, en ocasiones, en contra de las posiciones defendidas por los países Occidentales. (De la Camara, 2010)

En el presente periodo de la presidencia de Vladimir Putin observamos que ha reforzado su liderazgo, teniendo como base los conflictos que se han generado en algunas regiones del mundo (Oriente Próximo-Siria) y que él mismo ha generado (Ucrania-Crimea). Particularmente, los conflictos surgidos a partir de las mal denominadas *primaveras árabes* vinieron a modificar la dinámica de poderes globales, una Rusia que silenciosamente surgió poderosa con un moderno arsenal militar actualizado en un 47.2 %¹ que hace pensar que no es posible solucionar problemas globales sin su participación.

La diplomacia rusa a cargo del canciller Serguéi Lavrov ha elevado la importancia de ese país en la solución de los problemas globales. El tratado de los 5+1 con Irán, la solución de la Guerra en Siria, son solo algunos de los más visibles proyectos en los que Rusia ha participado y continúa participando actualmente —aunque con regularmente con crisis hacia los Estados Unidos—, en permanente contacto entre Lavrov y el Secretario de Estado Kerry.

Sin embargo, la relación rusa con la administración Obama no ha sido la mejor entre las que han ocupado la Casa Blanca a partir del periodo poscomunista. El presidente Obama ha sido reticente a recuperar unas relaciones que hoy son esenciales para el avance en resolución de conflictos en Oriente Próximo, donde Rusia ha desplazado, en gran medida la influencia norteamericana. Las medidas sancionatorias de Occidente (Estados Unidos-Europa) hacia Rusia no han logrado el grado de sanción que esperaban; la realidad es que la economía rusa

1 Litovkin, N. Russia Beyond the Headlines. Las nuevas armas del ejército ruso en 2016. Disponible en http://es.rbth.com/tecnologias/defensa/2016/03/28/las-nuevas-armas-del-ejercito-ruso-en-2016_579601

no ha caído estruendosamente, incluso hay países de Europa del Este que han expresado la necesidad de ponerles fin, sin embargo, el presidente Obama acaba de prorrogarlas un año más, lo cual indica que Europa también deberá hacerlo.

El aún presidente Vladimir Putin advertía en una conferencia de prensa ofrecida durante su visita a Austria en mayo de 2007, que los procesos de apertura de bases militares y despliegue de nuevos armamentos que se estaban llevando a cabo en países de Europa del Este solo ocasionarían una nueva carrera de armamentos. De hecho, ya Rusia había respondido con el ensayo de un nuevo cohete misil intercontinental que superaría la defensa de los sistemas que se instalan cerca de sus fronteras. Como ya expresamos el clima de tensión en las relaciones de Rusia con Europa y los Estados Unidos se han incrementado abiertamente, aunque la situación actual no tenga mucho en común con la etapa de la Guerra Fría tradicional, pues las condiciones son diferentes. (Sánchez, 2009)

Ya en lo atinente a las relaciones diplomáticas rusas con países de Asia, recientemente el Primer Ministro Shinzō Abe visitó Moscú y afirmó que las relaciones de Tokio y Moscú se verían profundizadas en los próximos años. Sin duda Rusia está recuperando un terreno perdido y haciéndose con alzados nuevos; de igual forma, ha sucedido con el Estado de Israel y Moscú, en lo que va del año ha visitado Rusia en dos ocasiones, y a pesar que ha sido para temas de seguridad preventiva (guerra en Siria) es claro que las relaciones entre Jerusalén y Moscú se han visto impulsadas como pocas veces en las últimas décadas.

El mundo se está moviendo, tal vez, como no se ha movido después de terminada la Guerra Fría, factores preponderantes como: la economía, el comercio o el terrorismo yihadista están siendo protagonistas y, con ello, se ha abierto un nuevo escenario, donde Rusia vuelve a desempeñar un papel definitivo en la realidad global.

Rusia en Oriente Próximo

La Guerra en Siria ha sido la plataforma que ha lanzado a Rusia a la primera línea del orden internacional nuevamente. Su respaldo al presidente Assad ha sido preponderante para recuperar su importancia como jugador esencial en el tablero global. Su reciente reconciliación política con el presidente Recep Tayyip Erdogan, a causa del derribo del avión militar ruso en noviembre de 2015. Y aunque el presidente Putin públicamente no admitió recibir las disculpas de Erdogan, según medios de comunicación, ambos sí mantuvieron comunicación posterior al último atentado terrorista y el posterior golpe de Estado en Turquía. El nuevo escenario en esta zona del mundo se presenta como la oportunidad para Rusia de ser reconocida como la potencia emergente del nuevo orden mundial.

El tablero de juego en Siria ha visto, una vez más, como el ajedrecista ruso ha vuelto a recuperar ventaja sobre el rival cuando su posición parecía más desfavorable. Cuando el campeón estadounidense creía haber situado al aspirante ruso a la defensiva y aislado de todo apoyo a sus piezas, éste ha pasado al ataque, desorientado a su rival y obligándole a sopesar la posibilidad de pedir tablas [...] El Presidente Putin ha desarrollado sus piezas y puesto a salvo a su rey (Bashar al-Asad) recurriendo, de nuevo, a la apertura rusa. Lo había hecho con anterioridad cuando el rey sirio traspasó la línea roja de las armas químicas en 2013. La apertura rusa facilitó entonces un acuerdo internacional para eliminar esas armas, convirtiendo en tablas lo que parecía un jaque mate definitivo [...] El candidato ruso ha demostrado ser un gran maestro del ajedrez —como tantos rusos lo han sido antes— y ha calculado mejor que su rival cómo sacar partido a sus piezas y cuáles son las debilidades de su oponente. Desplegando aviones y helicópteros sobre el terreno, puede ahora atacar a las fuerzas rebeldes o del Daesh que asedian las posiciones del régimen. Puede proteger a las fuerzas gubernamentales cuando ataquen por tierra o por aire y, además, puede impedir que los aviones —tripulados o no— de la coalición internacional entren en el espacio aéreo sirio por el

riesgo de colisión o de derribo. Algo que también afecta a los sobrevuelos israelíes y por lo que ahora se intenta establecer algún sistema de coordinación en la zona donde, siempre, tendrá Rusia la última palabra. (Arteaga, 2015)

Siria se ha posicionado como el tablero en el cual el presidente Putin mueve sus fichas. A partir de allí ha logrado imponer sus condiciones, la propuesta estadounidense de apartar al presidente Assad del poder para poder llegar a un acuerdo que logre el cese de la guerra en ese país fue rechazada por Moscú; el presidente Vladimir Putin logró imponer su concepción de la configuración que necesariamente se dará cuando la guerra llegue a su fin. En una dinámica de poder total, Putin no permitió esa propuesta ni mucho menos que esta llegase a prosperar. Es consciente que solo Assad le garantiza una enorme influencia en esa región del mundo; donde, al contrario del periodo de Guerra Fría hasta hace 2 años Rusia no tenía influencia en ella.

La lucha protagónica contra el terrorismo del Daesh, haber logrado frenar su avance en Siria y recuperar zonas como Palmira han hecho, sin duda, que Rusia vuelva a decir “presente” en el tablero del juego de poder global. En la actualidad, solo Rusia ha demostrado que su intervención militar en ese país ha surtido efecto, no hay muestras de que otros países que también intervienen —aunque en menor medida— en ese país hayan logrado recuperación de territorio, aunque sí la neutralización de algunos miembros importantes del grupo terrorista, aunque ni siquiera han conseguido la neutralización de la cabeza del grupo.

Antes de la intervención rusa en Siria, el Daesh tenía bajo su posesión el 70 % del país, hoy ese porcentaje se ha reducido al menos en 30 %. Lo anterior da cuenta de la importancia que ha tenido la intervención rusa en la zona; sin embargo, es tan claro el tablero de juego que, durante estos años de guerra en Oriente Próximo, Rusia no ha intervenido militarmente en Irak, país que sufre exactamente el mismo problema que Siria, con los mismos protagonistas internos, aunque allí el protagonista externo son los Estados Unidos, quienes, por lo que se ha visto a día de hoy, no fueron capaces de contener el ascenso del

terrorismo yihadista en ese país, el cual también perdió un porcentaje importante de territorio a manos de Daesh.

La ubicación de Siria en Oriente Próximo le proporciona a Rusia un enclave estratégico sobre el Mediterráneo, zona del mundo donde no tenían ni espacio, ni influencia; ahora tienen todo un escenario a su favor. Desde el puerto de Latakia, Rusia tiene puerta abierta a este mar y desarrolla un teatro de operaciones que extiende a, por lo menos, un 30 % del país. Con la venia del presidente Assad, el presidente Putin es hoy en día el personaje sin el cual no se pueden resolver problemas en esa región; esto ha sido causa de comprometerse a unas relaciones sensibles entre Rusia y varios países de la región. Actualmente, junto a Irán, es aliado en el combate al grupo terrorista Daesh, pero no solo ello, también va en alianza a Hezbollah, grupo terrorista financiado por Irán y que también entró en la guerra Siria. Es decir, Rusia está trabajando su poder global sobre un escenario no menos particular que lo que lo hizo con la Unión Soviética en tiempos de bipolaridad política global.

Primavera árabe y la lucha contra el Daesh

Las manifestaciones ocurridas en Oriente Próximo a partir de 2010 y hasta 2013 fueron mal llamadas *primaveras*, toda vez que los resultados a la vista de la realidad no permiten dilucidar un tiempo agradable en la región. Los hechos ocurridos y mal interpretados en países occidentales como “la llegada de la democracia a la región” por medios de comunicación e intelectuales terminaron ahogados, cuando no usurpados por los islamitas. El caso de Egipto es el más claro en este sentido; las manifestaciones multitudinarias en la plaza Tahrir convocadas por miles de jóvenes que presuntamente pedían democracia terminaron cooptadas por los Hermanos Musulmanes, que llegaron al poder con Mohamed Morsi, quien posteriormente fue derrocado por otro movimiento, pues estaba llevando a cabo cambios que favorecían la imposición del islam en un país laico.

Los libros y los periódicos fueron determinantes en el auge y la propagación del nacionalismo como principio organizativo. El liberalismo, el marxismo, el fascismo, el islamismo y la democracia atravesaron fácilmente las fronteras del siglo XX gracias a las tecnologías electrónicas de la radio, la televisión e internet y las redes sociales. Resulta difícil concebir las transiciones democráticas que tuvieron lugar en el África subsahariana a principios de la década de 1990 sin el poder de las imágenes del desmoronamiento del muro de Berlín esparciéndose por todo el mundo. En la misma línea, el ritmo de las protestas contra los regímenes autocráticos durante la Primavera Árabe fue marcado tanto por las cadenas de televisión como Al-Yazira o por Twitter y Facebook como por causas nacionales. A principios del siglo XXI, la democracia se volvió realmente globalizada. (Fukuyama, 2016, p. 26)

Los líderes políticos occidentales, medios de comunicación europeos e intelectuales de izquierda se apresuraron a sentenciar que las primaveras árabes buscaban la democracia cuando al final nunca fue así. Otra cuestión es que en algún país “funcionó” para imponer un sistema político no totalitario; es el caso de Túnez, donde se dice por parte de Occidente que aquello terminó en democracia; es así, si se entiende por democracia ir a unas urnas y nada más. La primavera árabe que se extendió posterior al movimiento espontáneo surgido en Túnez fue realmente una guerra interna en el islam, el ala de los chiíes intentando quitar del poder a mandatarios sunníes.

Los casos de Egipto, Siria, Bahréin, Libia, Marruecos, Yemen, Argelia, Omán, Irak y Arabia Saudí fueron los más resonados en Occidente; unos porque no se consiguieron un cambio de régimen (Arabia Saudí, Omán, Argelia, Bahréin, Marruecos), otros como Egipto, hubo un cambio y posteriormente se volvió al modelo anterior. También se encuentran Yemen, Libia y Siria donde aún persisten las guerras islamistas, e Irak donde se apartó del gobierno a un Primer Ministro Chií Nouri Al Maliki por otro Chií, Haider Al-Abadi. Al final los cambios no fueron profundos, pero se iniciaron guerras que acentuaron las divisiones religiosas, animaron el terrorismo y provocaron una oleada de terrorismo yihadista en Occidente. Y, su culmen trajo el inicio de

una expansión yihadista en Siria, Yemen y Libia, sin ser estos los únicos que han sufrido ataques del terrorismo islamista.

Estados fallidos, donde los gobiernos fueron debilitados, donde no quitados, donde los Estados difuminaron sus fronteras terrestres, invadidas ciudades, asesinadas gran parte de la población y en otro caso desplazada dieron origen a este Daesh que hoy conocemos. Este grupo islamista que busca la imposición de la Sharia en los lugares donde gobierna, que inició portentoso en su expansión, cuya economía nació fortalecida con el apoderamiento absoluto de las regiones ricas en petróleo, en Siria principalmente, este Daesh es el grupo terrorista más sofisticado que se haya conocido hasta hoy de todos los miles que han surgido en el mundo musulmán desde el siglo XX.

Las primaveras árabes fueron el caldo de cultivo de Daesh para separarse de Al Qaeda Central, reclutar gran cantidad seguidores y erigirse en la mayor amenaza a Occidente después del 11S y llegar a ser el grupo terrorista más poderoso de la historia de la humanidad. Con aspiraciones regionales de carácter estatal, usó la coyuntura —que al final benefició solo a ellos— para expandirse, desarrollarse y entender como había que enfrentar a Occidente; sin embargo, también hay que sumarle a esto el hecho de que Occidente no tomó en serio la amenaza naciente; tampoco lo enfrentó desde sus inicios, la responsabilidad de las potencias fue compartida, pero no ejecutada hasta que el terrorismo del grupo llegó a sus ciudades, París, Londres, San Bernardino, Orlando y Nueva York.

Con los movimientos denominados *primaveras*, el grupo terrorista se encontró con unas ventajas territoriales que supo capitalizar tácticamente. Con el apoderamiento de los pozos de petróleo en Siria e Irak se enriqueció a tal punto que hoy es considerado por la revista *Forbes* el grupo terrorista más rico del mundo; lo que Occidente apoyó, bajo el pretexto de que eran “jóvenes en busca de la democracia” fue la base fundamental del impulso económico que derivó en esa ventaja estratégica que dio a Daesh un territorio, que puede ser del tamaño de cualquier país de Europa. Haber permitido y cooperado para que las primaveras derrocaran gobiernos —que antes fueron prominentes socios de Occidente— en países claramente tribales, como el caso de Libia y luego retirarse inmediatamente fue un grave error de

Occidente. Los franceses cooperaron activamente en el derrocamiento de Muamar el Gadafi al tiempo que huyeron de Libia por ese complejo occidental surgido desde la intervención en Irak, para no ser tildado de intervencionista por sus propias sociedades; el resultado hoy, después de su muerte en 2011, el país sufre un caos que lo lleva a ser un Estado fallido.

Existe la posibilidad de que al principio de las revueltas la fuerza de los jóvenes árabes que han vivido en Europa tuviera que ver con la idea de libertad y derechos humanos. Sin embargo, como se ha afirmado antes, si esto fue así, rápidamente fueron usurpados por los islamitas. Apoyados por Estados Unidos y Europa, estos movimientos tuvieron mucho de idealismo occidental y poco de realismo, ese que siempre ha dominado Oriente Medio. Occidente pretendió erróneamente que estos movimientos llegarían a su final con sendas democracias, el tiempo demostró que la idea de democracia fue reemplazada por el caos.

La lucha de Rusia contra el Daesh ha puesto de presente la necesidad de integración de las potencias para combatir un enemigo común, pero además poderoso. El grupo no es un simple aparato *revolucionario* que ha golpeado a Rusia y a algunas potencias occidentales que allí interviene; si bien, Rusia no ha sido atacada ferozmente como otros países europeos, nada hace pensar que esto no ocurrirá. Sin duda, Moscú está sobre aviso de lo que le puede ocurrir como resultado de su lucha en tierra propia del grupo.

Las fuerzas rusas han llevado a cabo algunos ataques aéreos contra el Daesh, pero en una proporción menor. Esto es así por dos razones. Los rebeldes son la amenaza principal porque están apoyados por Estados Unidos y por otras potencias de Oriente Medio. Serían una alternativa aceptada internacionalmente al gobierno de Al Assad. No así el Daesh, cuya existencia hace preferible en parte la continuidad del régimen sirio. Por otro lado, de atacar al Daesh ya se ocupan Estados Unidos y sus aliados ¿Para qué dirigir contra el Estados Islámico los escasos aviones rusos si la USAF ya asume esa tarea? Por tanto, los bombardeos rusos contra el Daesh responden a necesidades tácticas derivadas de la ofensiva terrestre (por ejemplo en Aleppo), y a imperativos de marketing

político con el fin de justificar internacionalmente su intervención.
(Jordán, 2015, p. 12)

Esta lucha, que sin duda le ha dado resultados positivos a Rusia, será aún más grande si llegase a llevar al grupo a su mínima expresión, no necesariamente a su desaparición, pues antes de que esto ocurra el grupo mismo va a mutar. Lo que no es posible predecir es el resultado total de esta guerra, si bien, los rusos asisten como Estado, su aliado en el mismo objetivo e Irán asiste, como actor representado por otro que es irregular, Hezbollah. Esto indica que lo que pueda resultar al final no será en su totalidad legítimo, ni mucho menos legal, pues la comunidad internacional no reconocerá el apoderamiento de territorio por actores irregulares.

La relación con Irán

Es una relación particular pues, aunque no es nueva, ha venido profundizándose mediante la mediación rusa dentro del acuerdo de los 5+1. Ya desde la Unión Soviética ambos países tenían relación. Sin embargo, el contexto del programa nuclear iraní ha sido la razón por la que se han entendido nuevamente. Hoy parecería que ambos países tienen los mismos intereses, o por lo menos, algo muy parecido, incluso podríamos decir que en un contexto global tienen el mismo enemigo.

Por distintas y diversas razones, ambos han encontrado en el otro a un conveniente “compañero de viaje” para equilibrar a un Washington cada vez más agresivo en su presencia militar y política en la región. En este contexto, la última década se ha caracterizado por una sensible mejora de sus relaciones bilaterales, alimentadas por una visión compartida en temas económicos, militares e incluso frente a la amenaza del radicalismo islámico. El régimen de Teherán se ha convertido, especialmente desde la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en una parte crucial de la estrategia rusa hacia lo que denomina Euroasia (extranjero cercano), su esfera de influencia natural. (Moreno, 2006, p.115)

La relación de Rusia con los países de Oriente Medio se *enfrió* con la caída del Comunismo, toda vez que en el periodo de existencia de la Unión Soviética varios países de la región se declararon *no alineados*, aunque cayeron en las políticas socialistas venidas entonces de Europa del Este. Lo anterior nos indica que el interés ruso por esta región no es nuevo, pero que en todo caso en este periodo sí se ha renovado, aunque no con todos, pues el mismo fin de la Guerra Fría llevó a todos a buscaran sus propios aliados:

Egipto, Irak, Libia, Argelia, Siria o Yemen aparecen como nuevos aliados para la URSS, tanto políticos —en el reparto de la guerra fría— como ideológicos, mediante el desarrollo de conceptos como “orientación socialista” o “modelo de desarrollo no capitalista”, presentando el modelo soviético como atractivo para países del Tercer Mundo. Asimismo, Egipto y Siria fueron los nuevos clientes de las armas de diseño soviético procedentes de Checoslovaquia. Esta jugada estratégica condujo a una creciente inestabilidad en la zona, como consecuencia de un rearme imparable, que hará más fácil el desencadenamiento de las sucesivas guerras árabe-israelíes y la implicación directa de los países occidentales, como sucedió en el conflicto de Suez de 1956, en el que se manifiesta la ruptura interna entre Shepilov, ahora Ministro de Asuntos Exteriores, más moderado y flexible, y un Jrushev intransigente que se propone utilizar las armas nucleares para consolidar la posición soviética en Oriente Medio. La generosidad de las ayudas concedidas permitía también fidelizar a estos nuevos aliados. (Pérez, 2016, p.54)

En el contexto actual, la relación se ha visto necesariamente forzada a mejorar desde la perspectiva diplomática, primero, desde lo estratégico por la geopolítica, después. El papel del canciller Lavrov no pasó desapercibido, durante as largas conversaciones que condujeron al final a la firma del acuerdo que disminuyó durante 15 años la capacidad nuclear de Irán. De este hombre en realidad hay que decir que ha desempeñado un rol de muy alto perfil, lo cual indica que no se trata de un funcionario cualquiera, goza de alta popularidad en su país; es claro que su presencia en la resolución de los problemas globales les

han dado no solo a él, sino a la propia Rusia un perfil más amable en el mundo, a pesar de su presidente.

La relación con el régimen de los ayatolas dista, de todas formas, de ir más allá de un escenario estratégico, donde ambos ganan. Las perspectivas que se observan hacia futuro indican que en un posible conflicto Irán-Israel, Moscú no apoyaría a Irán, pero incluso si vamos más allá y planteamos un conflicto Arabia Saudí- Irán, tampoco es seguro que Rusia apoyaría a Irán. Siendo, como ha sido Rusia víctima de ataques terroristas islamistas, ya es complejo que luche contra Daesh y los rebeldes sirios del mismo lado de Irán y Hezbollah. Es una relación a cargada de complejidades en la cual podríamos decir que Siria es el escenario que ambos países se “repartirán” después de la guerra, y del resultado de esta depende la influencia de cada uno en la región.

Sin embargo, el presidente Vladimir Putin tiene su propio plan, el cual, podríamos afirmar, es salvaguardar la preexistencia de Al Assad en el poder y por ello entre todos los actores de la guerra, los rebeldes que combaten al Gobierno serían su principal prioridad, después el Daesh.

En marzo de 2016 se llevó a cabo la puesta en marcha de una alianza Rusia-Irán, desde territorio iraní; Rusia utilizó territorio iraní para llevar a cabo ataques aéreos contra territorio sirio. Como hemos mencionado anteriormente, esta es una alianza estratégica, en la cual ambos actores poseen el mismo *enemigo*: los rebeldes sirios, por un lado, y el Daesh, por otro lado. Para los Estados Unidos, esta alianza ha llegado “de forma sorpresiva”, afirma el Secretario de Estado, sin embargo, no es así. La cercanía del presidente Alauita con el régimen iraní es apenas natural, es la misma rama chií; y en cuanto a Rusia, simplemente aprovechó el vacío dejado por los Estados Unidos en la zona, pues creyó que habría un efecto dominó a causa de los movimientos regionales que antecedieron a la guerra en Siria.

Es la primera vez, desde la Segunda Guerra Mundial, que fuerzas armadas de otro país operan en el territorio o espacio aéreo de Irán [...] Ni siquiera durante el régimen del Sha Mohammad Reza Pahlavi, un aliado muy cercano tanto a Estados Unidos como Reino Unido, se permitió cualquier tipo de presencia extranjera en el país [...] El martes, sin embargo, Rusia utilizó la base de Hamedan,

en el occidente de Irán, para llevar a cabo ataques aéreos contra Siria [...] El objetivo de los bombarderos Tupolev-22M3 de largo alcance y los aviones de ataque Sukhoi-34, eran blancos en las provincias de Alepo, Idlib y Deir al-Zour, indicó una declaración de la cancillería rusa. Grupos locales aseguran que 27 civiles murieron durante la incursión. (Internacional, 2016)

Existe un tema que une a Rusia e Irán, el tema nuclear. Ha de tenerse en cuenta que siendo Rusia un país nuclearizado, no le conviene que un país como Irán logre tener en *know how*, sobre todo porque Irán no es un país que proporcione la seguridad jurídica de que va a respetar los acuerdos de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA por sus siglas en inglés). En un momento de política exterior que tiene como base la nuclearización lo más seguro para el mundo es asegurarse de que Irán no conseguirá la bomba, Rusia lo sabe y por ello fue parte fundamental de la firma del tratado de los 5+1.

El tema nuclear vino a ponerse sobre la agenda global cuando ya se creía que estaba superado, la construcción de la bomba por parte de Pakistán de forma clandestina hizo saltar todas las alarmas en los países ya nuclearizados, por lo que se creyó que ya había sido superado, pero volvió a estar en primera fila de la agenda global por las razones iraníes. Es claro que este tema que se creyó que había llegado a su punto final fue revivido por el régimen de los ayatolas. La amenaza iraní de *desaparecer* el Estado de Israel plantea una nueva mirada en el sentido de quienes pueden y quienes no poseer la bomba.

El peligro de un tema ya superado, pero que no es realmente así es que hoy la lógica que se quiere romper por parte de algunos es la proliferación de armas nucleares y no solo el peligro radica en Irán, sino que también el mundo está lidiando con Corea del Norte. Las armas nucleares vuelven a estar presentes en las preocupaciones de las potencias por el posible manejo antiético que de estas se puedan hacer. Sin embargo, Rusia en este tema tiene un doble racero, pues si bien, participa activamente en unas conversaciones que impiden el desarrollo nuclear de Irán, respalda y apoya la construcción de una Central Nuclear en Bolivia, proyecto que Putin lidera.

La proliferación nuclear le está devolviendo al mundo a épocas de la Guerra Fría, al tiempo que ocurren actos hostiles por parte de Rusia por saberse poseedora del *know-how* y porque en la política aislacionista actual de los Estados Unidos no ve remotamente posible que la administración Obama le impida hacer ciertas jugadas en el tablero mundial. La prácticamente desmembración de Ucrania en el reconocimiento de pequeñas repúblicas y la anexión de Crimea fueron hechos que le dejaron en claro a Putin que las potencias occidentales eran incapaces de frenar su deseo de expansión que hoy se extiende hasta Oriente Próximo.

En la actualidad, en Oriente Próximo habitan un millón de rusos en el Estado de Israel. Esto hace que con ese país la relación sea menos hostil y más de entendimiento, también porque dentro de esta comunidad rusa en Israel hay personajes de alto poder e influencia dentro del actual Gobierno que se intuye que pronto detentarán el poder directamente. De ahí que la relación Moscú-Jerusalén hasta el momento no se haya visto afectada por el apoyo de Putin a Assad, siendo que con este último Israel mantiene un conflicto de décadas. Si bien la política exterior nuclear está convocando a todos los países que poseen la bomba (menos Pakistán) y a aquellos que desean obtenerla hoy se observa un tablero global con las complejidades propias de la superación de la Guerra Fría, donde unos cuantos tenían la bomba, hoy las ambiciones de ciertos países van más allá y por ello buscan ampliar los integrantes, pues así se reservan la táctica de la disuasión en beneficio de su propia defensa.

Relación con la OTAN

La relación de Moscú con la Alianza Atlántica no ha gozado jamás de buena salud. Putin insiste en ver en la OTAN un enemigo, como si la Guerra Fría aún no hubiera terminado. Respecto de la alianza sigue pensando que se busca una guerra con Rusia, cuando no es así; aunque la OTAN tampoco confía del todo en su viejo enemigo. La amenaza de Ucrania de unirse a la alianza no es vista con buenos ojos en Moscú, tampoco el envío de tropas al Este de Europa, particularmente

el fortalecimiento de la alianza en Estonia plantea para Putin una situación, por lo menos de conflicto.

“Por lo que respecta a la OTAN, su Concepto Estratégico de 1999 minusvaloró erróneamente la amenaza del terrorismo internacional, mientras que destacaba una posible agresión convencional a gran escala, en referencia velada a Rusia en plena crisis por la campaña de Kosovo. Aunque el nuevo Concepto Estratégico de 2010 de la OTAN ya ha alineado el catálogo de amenazas con el de la UE y Rusia, el déficit de confianza mutua en las relaciones entre Rusia y la Alianza Atlántica hace dudosa la cooperación a la hora de afrontarlas. (Ruiz, 2013)

Actualmente no ha habido diálogo con Rusia más allá de Comunicados por parte del Secretario General de la Alianza (Jens Stoltenberg) y las amenazas de Rusia. El aumento de tropas en el Este de Europa por parte de la OTAN efectivamente tiene que ver con lo que la alianza considera acciones hostiles por parte de Moscú, el caso Ucrania, abusos en Moldavia y Georgia no han pasado desapercibidos por los miembros del grupo. Si bien, la alianza está prácticamente perdida en el sentido de que no es clara hoy día para qué continua activa, pues el enemigo por combatir y para lo que creada ya no existe. En la actualidad, la alianza se encuentra desprovista de una razón que justifique su continuidad.

Putin ve la OTAN como un grupo de países que insiste en hacerle daño a Rusia, cuando no es así. Si bien la alianza hoy carece de un enfoque claro en materia de cuál es la amenaza por combatir; tampoco es lógico afirmar que la única justificación para su existencia en el siglo XXI sea la vigilancia a Rusia. Dentro de las muchas tensiones entre ambos, está la que quizá inicio este periodo de desconfianza Rusia-OTAN, la ubicación del Escudo Antimisiles.

La Doctrina Militar (2014) distingue “peligros” y “amenazas” militares. El concepto de “peligro” se entiende como precedente de “amenaza”, o sea, de circunstancias que pueden convertirse en un conflicto militar. La ampliación de la OTAN y los ejercicios militares de EEUU en los países vecinos son considerados la mayor amenaza para la seguridad nacional de Rusia, por estar cerca de

sus fronteras y desestabilizar el equilibrio del poder estratégico en Europa. Afganistán, el Estado Islámico (EI), Asia Central y los países vecinos como Ucrania (por el “ilegal cambio del gobierno”) son otras tantas amenazas exteriores tratadas en la doctrina militar. De las interiores, cabe destacar la radicalización de los musulmanes en el norte del Cáucaso, que aspiran a crear Estados islámicos dentro o fuera de las fronteras rusas. (Ari, 2016, p.3)

En el Este, la primera línea que hace parte del Escudo es Polonia, un país que hoy también está restableciendo relaciones más cercanas con Moscú, pero que hace parte de la OTAN. Sin embargo, Putin, en este momento, está en relaciones *cordiales* con Polonia. La reticencia a entender el desplazamiento de la alianza hasta las fronteras rusas hace que la situación en la segunda década del siglo XXI esté lejos de ser la mejor. Rusia incluso ha sido invitada a ser parte de la alianza, pero ese no es su papel, Rusia no está para integrar una alianza que ya fue creada por otros, donde ella misma no será líder. La historia de Rusia nos indica que es una sociedad que lidera, no la que se deja liderar.

La perspectiva actual de un nuevo orden mundial, si las potencias aceptan que efectivamente esto está sucediendo deberá causar necesariamente que los temas de la agenda global se encaminen en ese frente, negar el giro global que hoy está sucediendo y no actuar en consecuencia no llevaría más que confusión y materialización de la destrucción de zonas del mundo, estos aspectos necesitan ser atendidos por sus debilidades en sectores sensibles, alimentación, economía, migración, derechos humanos, Estado de derecho, son solo algunos aspectos que están erosionados en distintas regiones del mundo.

En su libro, *Orden mundial*, Henry Kissinger cita algunos posibles escenarios que pueden agravar la situación antes descrita y plasma las dificultades que actualmente están teniendo los diferentes bloques integrados por las potencias internacionales que vienen a entorpecer el abordaje de los temas esenciales para el mundo:

[...] el tercero es la falta de un mecanismo efectivo para que las grandes potencias se consulten entre sí y posiblemente cooperen en los temas más significativos. Esta crítica puede parecer rara en vista de la plétora de foros multilaterales que existen, muchísimos

más que cualquier periodo de la historia. Al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —dotado de contundente autoridad formal, pero estancado en los temas importantes— se suman cumbres regulares de los líderes atlánticos en la OTAN y la Unión Europea, de líderes desarrollados en el G7 o el G8, y de grandes economías en el G20. Estados Unidos es un participante clave en todos estos foros. Pero la naturaleza y la frecuencia de estos encuentros conspiran contra la elaboración de estrategias de largo alcance. Las discusiones de programaciones y negociaciones sobre agendas formales ocupan la mayor parte del tiempo: algunos foros efectivamente co-orbitan en los calendarios de los líderes debido a la dificultad de reunirlos a todos en un mismo lugar y con cierta regularidad. (Kissinger, 2016, 152)

Kissinger ha tocado uno de los temas más importantes, tal vez, la excesiva carga de foros de líderes globales o, en su defecto, la imposibilidad de reunirlos hace que la agenda global se vea disminuida, cuando no rezagada por cuenta de estos protocolos de la política exterior y, que hace que solo en momentos coyunturales puedan darse estas reuniones y tomar decisiones, que por el propio contexto pueden ser equivocadas, excesivas o, todo lo contrario. En este caso, Rusia ha actuado sola, y al parecer esto resulta una ventaja sobre los socios atlánticos que se ven impelidos para tomar decisiones en momentos y por hechos relevantes. La OTAN ha sido ese elemento importante que en el siglo XXI ha puesto de cara al público esta situación. Siempre será más sencillo tomar una decisión unilateral desde la perspectiva de una sola persona que cuando deben ponerse de acuerdo.

Posterior a la caída del comunismo, desde dentro de la OTAN no se encontraba una amenaza que pudiera desestabilizar el mundo, pero tampoco se encontraba la justificación de la Alianza. Con la aparición del terrorismo yihadista los socios atlánticos encuentran una razón de ser para esta, lejos de Europa, la OTAN se centra en el Cuerno de África y el combate a los piratas somalíes, pero ¿la inversión multimillonaria de la Alianza es mucho más poderosa que la resolución de un problema que frente a ella termina siendo pequeño? El problema que representaban los piratas somalíes desapareció, como era de esperarse,

la OTAN fue fundada para contrarrestar un super-estado no un grupo de bandidos.

Sin embargo, a pesar de que la alianza no tenía en ningún momento previsto que esta se centrara nuevamente en Europa, la anexión rusa de Crimea volvió a centrar su justificación en ese continente. A partir de allí, las presiones y las discusiones entre los líderes atlánticos y Moscú no ha hecho más que escalar; pero incluso, la integración de países del antiguo bloque soviético dentro de la Alianza también ha causado desavenencias con Rusia, pues algunos países del Este que se han integrado a la Unión Europea y, por lo tanto, a la OTAN no están dispuestos a alejarse del todo de Moscú y han preferido tenerlo de aliado cercano. Polonia y Hungría son apenas dos casos por mencionar de los varios que existen en este sentido en el antiguo bloque soviético de Europa. Valdría la pena preguntarse si en caso de que un miembro de la alianza fuera atacado se aplicaría el artículo 5° del Tratado del Atlántico Norte.

La relación con los Estados Unidos

Al principio de la administración Obama se creyó que la relación con Rusia sería algo más distendida que en otras administraciones, dadas las características cordiales del presidente de los Estados Unidos, dado que aun este era la potencia más fuerte, no se pensó jamás en una modernización militar como la que Rusia ha llevado a cabo hasta ahora. Se puede decir que lo más cordial que se ha visto son las relaciones entre los dos cancilleres de ambos países, pues las pocas reuniones de ambos gobernantes no han dado los mejores resultados, dentro de la política exterior para unas mejores relaciones entre los Estados también cuenta la empatía de los líderes que protagonicen la relación.

No ha sido el caso de los presidentes Obama y Putin, hoy al final de su mandato el presidente de los Estados Unidos intenta restaurar esa relación, pero sin duda ya no le queda tiempo y se limita a enviar al Secretario de Estado John Kerry a Moscú para procurar un entendimiento diplomático. Una de las situaciones que vinieron a marcar la lejanía cada vez más extendida entre ambos países fueron las sanciones impuestas por los Estados Unidos a Moscú por causa de la anexión de

Crimea que, incluso, trajo consigo la suspensión de Rusia del G8. Este fue a todas luces un craso error, “si necesitas dialogar no debes alejar a la contra parte”, y eso fue lo que sucedió. El diálogo entre Moscú y Washington pasa únicamente por el Secretario de Estado y se limita hoy día exclusivamente a la lucha contra Daesh en Siria; este diálogo no trasciende al presidente y esto ha causado un distanciamiento que claramente no será resuelto en el poco tiempo de gobierno que le resta al presidente Obama.

La agenda global está, entonces, paralizada, pues —como se ha mencionado en párrafos anteriores— ya no es posible entrar a resolver problemas globales sin la participación de Rusia en el tablero internacional. Sin embargo, la piedra angular que llegó para erosionar la relación entre ambas potencias fue el caso del contratista de la CIA Edward Snowden, la negativa rusa a deportarlo a Estados Unidos para ser juzgado abrió una brecha que no se cerrará hasta que el informático sea devuelto a territorio estadounidense para ser juzgado. Este caso puso en peligro la visita del Presidente de los Estados Unidos a San Petersburgo en 2009. La insistencia de Obama en la reducción del arsenal nuclear ruso (START) puede verse afectada por las ácidas relaciones entre los líderes de ambos países.

Hoy Moscú ve con paciencia el final de una era y la llegada de un nuevo liderazgo estadounidense con el cual poder reabrir el diálogo para enfrentar la amenaza global, el terrorismo yihadista que hoy azota el mundo y que ha logrado penetrar ambos países y el cual no muestra visos de desaparecer, pero sí de mutar, lo cual lo hace aún más peligroso. Las relaciones ruso-estadounidense están congeladas —si así podemos llamarlo—, puesto que las reuniones entre cancilleres de ambos países no son un indicativo de nada especial. Mientras los líderes de ambas potencias se niegan a ceder ninguno en favor de otro, y lo que es peor, ninguno en favor del mundo.

Conclusiones

El Nuevo Orden mundial incluye una Rusia en ascenso, eso es indiscutible. Actualmente, no es posible dibujar el tablero global sin la presencia rusa, pero no solo su presencia, ya que Rusia por sí misma es

diferente antes las demás potencias globales. No se le puede exigir a Rusia ni sancionarla desde Occidente, porque no parezca correcto el actuar de Rusia; mientras eso siga sucediendo, Vladimir Putin tiene en sus manos todos los argumentos para tener una agenda propia dentro de la posible resolución de problemas globales.

El caso sirio es la mayor muestra posible que se puede observar, Rusia actúa sola dentro de un teatro de operaciones incierto, pero que hoy en día le viene dando unos resultados positivos desde su perspectiva, pues lo ha consolidado como potencia militar global, nuevamente y sobre todo porque no solo ha logrado frenar el avance del Daesh, sino que también ha conseguido que este retroceda gracias a la pérdida de territorio debido al avance ruso en ese país.

Las relaciones de Rusia con la OTAN no son una cuestión de peligro total como cuando existía la Unión Soviética. Sin embargo, la cuestión Ucrania ha sido hasta hoy la máxima cuestión que ha derivado en la congelación de diálogos entre líderes de ambas potencias. Hoy por hoy, la OTAN no consigue justificar su existencia después de la caída del comunismo, hoy la alianza sufre una crisis de identidad, en el sentido de no tener un espectro específico de actuación; esto aunado al tema de una Rusia que se siente cada vez más amenazada por la expansión de la alianza en el Este de Europa, lo cual hace que cada vez más surja un escenario más cercano a la Guerra Fría y un mundo dividido en dos bloques. Rusia regresó a primera línea de la escena global y la solución no es rechazarla, muy por el contrario, la cuestión radica en mantener un diálogo abierto y constante, pues sin Rusia no es posible hoy por hoy enfrentar las amenazas globales.

Oriente Próximo ha sido la puerta de entrada de Rusia a la escena global actual, como un gran competidor dispuesto a discutirle a Occidente su hegemonía no solo en esa zona del mundo, sino también en el resto del planeta. La modernización del arsenal militar ruso ha hecho posible que Putin extienda su fuerza hasta Siria y no solo eso, hace que demuestre que, si es un fuerte competidor en el tablero global para superar amenazas crecientes, o por lo menos, para hacerlas retroceder. El caso del Daesh y su retroceso territorial ha sido debido a la decisión rusa de participar en esa guerra; esto le ha salido bien, hay que reconocerlo, en un mundo multipolar donde Occidente se presenta

como un jugador temeroso de sus propias sociedades, por participar militarmente contra amenazas globales acentúa la percepción de que el ascenso ruso no es casualidad. Su conflicto con Turquía —aliado incomodo de la OTAN— se resolvió en favor de Rusia. Por lo tanto, todo indica que Moscú despertó en Oriente Próximo y que Occidente perdió influencia allí; solo ver los casos de acercamiento entre Israel y Arabia Saudí hacia Moscú es un claro ejemplo de que la política exterior aislacionista de Occidente ha hecho mucho daño y ha sido piedra angular de la subida internacional de Rusia.

Un nuevo orden mundial es la realidad a la que nos enfrentamos; aunque Occidente continúe en su letargo que más parece indicar que quisiera que estuviéramos en el siglo XX, pues actúa de esa forma; esto solo ha traído despertares abruptos que han sorprendido a sus líderes (caso Brexit) y que se ven compelidos a cambiar por cuenta de decisiones que no se atrevieron a tomar, pero que sí fueron tomadas en algunos casos por sus propias sociedades, o en el peor de los casos por las amenazas externas globales. El terrorismo yihadista, ese mal del que Occidente se niega a reconocer, por miedo a reconocer la realidad, es precisamente esta amenaza la que nos despertó a un *nuevo orden mundial*, el cual, al parecer, solo Rusia acepta, pues ella es la que ha salido fortalecida y la que hoy lleva la delantera en los movimientos del tablero global. Si Occidente se sigue negando a participar de un orden del siglo XXI e insiste en quedarse anclado en el siglo XX mucho y muy extenso serán los conflictos que tendrá que enfrentar fuera de su territorio, pero lo que es peor, también dentro de sí mismo.

Referencias

- Ari, M. M.-J. (2016). ¿Por qué Rusia es una amenaza existencial para Europa? Madrid: Real Instituto Elcano.
- Arteaga, F. (2015, oct.). La apertura rusa: Putin movió ficha en Siria. Real Instituto Elcano. Recuperado de http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/defensa+y+seguridad/artea-ga-apertura-rusa-putin-movio-ficha-en-siria

- BBC noticias. (2016, agos.). La sorpresiva alianza de Rusia e Irán en los bombardeos de Siria. *bbc.com*. Recuperado de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37106251>
- Fukuyama, F. (2016). *Orden y decadencia de la política*. (J. Paredes, Trad.) Barcelona: Ariel.
- Jordan, J. (2015). La intervención militar de Rusia en Siria; oportunidades y riesgos. *Instituto español de estudios estratégicos*, 1-22.
- Kissinger, H. (2016). *Orden Mundial*. (T. Arijón, Trad.) Barcelona: Debate.
- Litovkin, N. Russia Beyond the Headlines. Las nuevas armas del ejército ruso en 2016. Disponible en http://es.rbth.com/tecnologias/defensa/2016/03/28/las-nuevas-armas-del-ejercito-ruso-en-2016_579601
- Moreno, I. R. (2006). Rusia e Irán: de la “luna de miel” al recelo y la distancia. *Dialnet*, 1-21.
- Perez, D. P. (2016). La política exterior de Rusia en Oriente Medio ¿continuidad o cambio? *Unisci journal*, 41, 139-162.
- Ruiz, G. F. (2013). El concepto de política exterior de Rusia: un estudio comparativo. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 1-22.
- Sanchez, R. P. (2009). Actual política exterior de la Federación Rusa. Una mirada desde el realismo político. *Enfoques*, 269-292.
- Villamarin, P. A. (2013). *Análisis de la política exterior de Rusia en el marco de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) como estrategia para la reinversión de su liderazgo en esa organización. Período 2000-2008*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

